

Cómo acompañar el camino del grupo a la comunidad

Jesús Sastre*

En décadas pasadas se daba una relativa proliferación de grupos, provenientes de los procesos de pastoral juvenil, que pensaban su futuro como pequeña comunidad. Hoy padecemos una disminución sensible de grupos de jóvenes cristianos y no aparece con tanta claridad la preocupación por lo comunitario. A pesar de esta constatación, pensamos que siguen siendo importantes dos preguntas: ¿Cómo evangelizar al joven en la sociedad actual? ¿Cómo plantear la iniciación en la fe para que desemboque en la vivencia comunitaria de la misma? La respuesta positiva a estas dos cuestiones es importante puesto que estamos en un contexto donde la tarea de ser persona se ve acosada por la inmediatez del deseo, la indeterminación y el pluralismo divergente. El grupo de maduración en la fe es un ámbito privilegiado para recuperar las «fuentes de la vida»: la capacidad de preguntarse, el análisis de la realidad, la centralidad del sujeto, la comunicación profunda, el mantenimiento de proyectos, la respuesta a nuevos retos, la interiorización de la vivencias, el discernimiento en la toma de decisiones, etc. La iluminación de la fe ayuda a dar respuestas globales a las cuestiones últimas que afectan al sentido de la vida y la organización de la misma. ¿Cómo hacer en la pastoral de jóvenes para que el lento proceso vaya de la convocatoria al seguimiento, del hombre viejo al hombre nuevo y del grupo a la comunidad? No podemos olvidar que «el

* Profesor del Instituto San Pío X. Vicepresidente de AECA.

descubrimiento gozoso del evangelio de Jesús supone la aceptación del amor de Dios en nuestra vida, la voluntad de seguir a Jesús, el deseo inicial de cambiar nuestros valores y criterios mundanos para adoptar los del Evangelio, la decisión de incorporarse a una comunidad en la que compartir y vivir la fe» (CC 95).

CÓMO SE RELACIONAN LOS JÓVENES

La mayor parte de los jóvenes se relacionan a través de grupos primarios que aparecen por motivo de cercanía, actividad o simpatía. Las relaciones están condicionadas por lo afectivo y lo espontáneo, y se mantienen mientras las personas se sientan a gusto. Los temas específicos, los contenidos de uno y otro tipo y las tareas pasan a segundo lugar; lo fundamental son los vínculos psico-afectivos. La comunicación en estos grupos no suele ser muy profunda, aunque exista una «mística de estar juntos» que refuerza el sentimiento de no encontrarse solos. Se comparte básicamente el tiempo de ocio en lo que tiene de salida, fiesta y diversión, no exenta, en algunos casos, del consumo de alcohol u otras sustancias estimulantes. Basta con repasar los datos aportados por las encuestas sobre la juventud, que periódicamente se publican, para ver que este modo de plantear el ocio no sólo no ha ido a menos, sino que ha aumentado sensiblemente.

Los aspectos más significativos de la vida humana suelen quedar relegados al ámbito de lo privado. Los valores éticos, la fe religiosa, los problemas sociales, las cuestiones en debate social o político, las manifestaciones culturales, las contradicciones de la globalización económica, etc., se entienden como algo propio del individuo, pero no como elemento de las relaciones y de la vida de los grupos juveniles. También existen grupos minoritarios de jóvenes que se plantean la vida, las relaciones y el tiempo libre de otra manera. Según los estudios de la Fundación Santa María, éstos son los jóvenes que se sienten más felices, que se incorporan mejor a la sociedad y están más comprometidos en voluntariados y ONG. Esta manera de ser seguramente tiene mucho que ver con el tipo de familia del

que provienen, los procesos educativos que han seguido, la pertenencia a organizaciones altruistas y la práctica religiosa. La existencia de comunidades de «memoria, vida y misión» mucho podría interpelar a los jóvenes, al tiempo que les invitaría a conocer nuevos valores y a plantearse una forma nueva de relacionarse. Lejos quedan las palabras del cardenal Tarancón: «El carácter comunitario del cristianismo, puesto de relieve en el Concilio Vaticano II, ha hecho florecer en la Iglesia “pequeñas comunidades cristianas” que están ensayando una nueva forma de vivir la fe, más arraigada en el Evangelio, y de expresarla en el compromiso por los hombres». En la Iglesia faltan comunidades con estas características que, en cercanía, puedan decir a los jóvenes «ven y verás».

RASGOS QUE CONDICIONAN LA MADURACIÓN PERSONAL

Los rasgos de la persona madura son de tres tipos: psicológicos, sociológicos y culturales. Digamos unas palabras sobre cada uno de ellos, así como los elementos básicos para su integración.

Rasgos psicológicos. La conciencia que la persona tiene de sí misma y de su continuidad en la vida es la base de casi todo, así como de la posibilidad de acumular la propia experiencia. Ahora bien, la percepción adecuada de uno mismo supone desprenderse del yo narcisista y tener una visión real de lo que se es; los grupos educativos, por su propia dinámica de diálogo e interacción, pueden ayudar mucho en esta tarea de conocimiento personal. La aceptación de uno mismo sólo es auténtica si es real; de ahí la importancia de las aportaciones de los demás. Las limitaciones y defectos, así como las cualidades y posibilidades, debidamente conocidos y asumidos son los que están en la base de la autonomía personal, es decir, de la formación de criterios propios, del dominio personal de las pasiones y de la capacidad de proyectar con otros. La tarea de crecer en autonomía no es separable del desarrollo del aspecto afectivo: capacidad de expresar y recibir afectos para poder avanzar hacia el futuro pisando firme la realidad y

aprendiendo de los propios fallos y errores. Se apuntala la madurez personal cuando la persona va configurándose como buscadora permanente de lo bueno, lo bello y lo verdadero; la búsqueda sólo se sostiene si la persona «aprende a amar» y a asumir proyectos de vida que le ayuden a permanecer en los valores que le han ido estructurando como tal persona.

Rasgos sociales. Una característica inherente a lo humano es la sociabilidad; no es que el individuo se proyecte en relaciones sociales, sino que las relaciones sociales son constitutivas de lo humano. Juan Pablo II, en *Sollicitudo rei sociales*, dice que la solidaridad es la virtud estructurante de lo humano. La apertura a la realidad tiene diferentes grados y etapas; va desde la realidad inmediata a la realidad universal, y pasa de la indiferencia ante lo que sucede a la implicación «empeñativo-transformadora» en lo que nos rodea. El desarrollo de la sociabilidad no termina en el aprendizaje de habilidades sociales, sino que requiere la capacidad de leer críticamente la realidad y de implicarse en la mejora de la misma. En esta tarea el grupo cristiano desarrolla una labor de mediación y de aprendizaje insustituibles. El horizonte último de la humanidad, para el seguidor de Jesús, es que el mundo sea una familia de hermanos; esto no será posible sin una conciencia apasionada por la «civilización del amor» o la «cultura de la solidaridad». El modo de estar en la realidad y de implicarse en la transformación de la misma configura el estilo de vida personal, pues la persona se va haciendo en los diferentes campos de la existencia.

Rasgos culturales. El contexto sociocultural en el que vivimos está caracterizado por un pluralismo divergente, la caída de los «grandes relatos», el predominio del deseo y la poca valoración de las cuestiones ontológicas y antropológicas. En consecuencia, las grandes preguntas sobre el sentido de la vida quedan olvidadas o sometidas al único criterio de lo experimental; muchos jóvenes carecen de la «gramática elemental» de la existencia humana. En este contexto no es fácil la tarea de encontrar modelos personales y comunitarios que faciliten la identidad personal y el crecimiento como personas para alcanzar la

autonomía y la cooperación solidaria.

La clave para unir con éxito los aspectos psicológicos, sociales y culturales está en la consideración de la antropología humana como algo unitario. A la recuperación de esta unidad nos ayudará mucho entender a la persona y sus relaciones desde las aportaciones del *Ágape* como el amor manifestado en Jesús de Nazaret que es, al mismo tiempo, personal, fraternal, universal e incondicional. Crecer como cristianos consiste en vivir la familia, la sexualidad, el trabajo, las relaciones, la justicia, la solidaridad, etc., desde el amor con que Dios nos ha amado. Ahí reside la plenitud y la felicidad del ser humano. Los procesos de educación en la fe se tienen que iniciar en esta forma de ver y vivir lo humano como estilo y proyecto global de vida. La ayuda del grupo es insustituible en la tarea de hacer visible esta vida nueva. «La catequesis de jóvenes ha de tender a la creación de comunidades cristianas juveniles, en las que la presencia de jóvenes matrimonios militantes puede ayudarles a enfrentarse con su propio futuro, y además ha de fomentar que los propios jóvenes sean catequistas de otros jóvenes» (CC 248).

LAS REFERENCIAS TEOLÓGICAS DE LAS PEQUEÑAS COMUNIDADES

La Iglesia universal existe en y a través de la autorrealización de las Iglesias locales. El Vaticano II nos recuerda: «Las Iglesias particulares, formadas a imagen de la Iglesia universal, en las cuales, y a base de las cuales, se constituye la Iglesia católica, una y única» (LG 23). La Iglesia de Jesucristo es, al tiempo, universal y particular. «En estas comunidades, aunque sean frecuentemente pequeñas y pobres o vivan en la dispersión, está presente Cristo, por cuya virtud se congrega la Iglesia una, santa, católica y apostólica» (LG 26). En este sentido, la parroquia aparece como «célula de la diócesis» (AA 10). La comunidad cristiana es la expresión sacramental, visible, de la comunión invisible. «La comunidad se configura desde la comunión, vive para ella, y es la forma de su vida. La comunión, que puede ser un concepto abstracto, se hace sensible y concreta en la comunidad. Podríamos decir que es su expre-

sión sacramental, porque en ella se significa y en ella se vive»¹. El alma vivificadora de la comunidad es el Espíritu, y la comunión es don del Espíritu; así lo vemos atestiguado en las primeras comunidades, tal como nos lo relatan los Hechos de los Apóstoles. Juan Pablo II, en el cambio de siglo, habló de la espiritualidad de la comunión como una de las tareas fundamentales de las comunidades eclesiales. «Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión» y «promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano» (TMI 43). «Espiritualidad de la comunión significa capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como “uno que me pertenece”, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver, ante todo, lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un “don para mí” además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente. En fin, espiritualidad de la comunión es saber “dar espacio” al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (Gal 6, 2) y rechazando las tentaciones egoístas que nos acechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias. No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión» (TMI 43). El fondo de la espiritualidad de la comunión es que podemos vivir como hermanos porque Dios se ha revelado como Padre en Jesucristo, y el Espíritu nos capacita para llamarle Abbá, Padre; somos hijos en el Hijo. Esta experiencia fundante es la que llevó a los primeros cristianos a amarse unos a otros de tal manera que aquellos que los veían se sentían movidos a la conversión. «La persona sólo se realiza como cristiana en la comunidad, y la comunidad sólo es posible cuando presta atención a cada persona concreta en toda su singularidad insustituible»².

¹ J. Ramos, «Comunión y comunidad», en *Ser cristianos en comunidad*, Estella 1993, p. 130.

² B. González, «Rasgos de la experiencia cristiana en una Iglesia que busca la justicia», *Fe y Justicia* 5, Ecuador 1999, p. 87.

La comunidad cristiana no existe para sí misma, sino para acercarse a cualquier persona, cercana o lejana, que esté necesitada en el cuerpo o en el espíritu, y hacerle llegar el amor de Dios y la solidaridad humana, como lo hizo Jesús de Nazaret; así es como la Iglesia, en sus comunidades, es «signo e instrumento de unión entre los hombres» (LG 1). «Cuando la Iglesia se sitúa en el horizonte del Reino y se considera a sí misma en función de ese Reino, es cuando deja de absolutizar sus aspectos funcionales y organizativos. De igual modo, cuando una comunidad cristiana es consciente de que también ella participa, a su medida, de la sacramentalidad del Reino y procura vivir en tensión hacia él, entonces es cuando más fácilmente puede evitar la tentación de encerrarse en sí misma, de replegarse y ensimismarse, y cuando más dispuesta ha de estar a lo que el Espíritu y el Reino le demanden»³. Cada comunidad, con su presencia, anuncio y acción debe hacer presente el Reino, como horizonte de plenitud, como don de Dios y como semilla en lo concreto de la vida.

Las pequeñas comunidades, en expresión de Pablo VI, están llamadas a ser un «lugar de evangelización, en beneficio de las comunidades más vastas, especialmente de las Iglesias particulares (y como) una esperanza para la Iglesia universal» (EN 58). «Existen muchas formas de comunidad; si ésta se denomina “eclesial” es porque su eclesialidad la distingue de las demás. Lo “eclesial” aparece aquí como adjetivo calificativo del sustantivo “comunidad”. Y, sin embargo, en una perspectiva eclesiológica fundamental, el adjetivo (eclesial) es más importante que el sustantivo (comunidad), ya que es el principio constituyente y estructurante de la comunidad. La comunidad eclesial se constituye como respuesta a la fe cristiana y como resultado de la llamada evangélica a la conversión y a la salvación»⁴. Por el Bautismo recibido de niños formamos parte de la Iglesia, pero tenemos que descubrir el sentido y el alcance que esta pertenencia tiene. «La vida cristiana en comunidad no se improvisa y hay que educarla con cuidado» (DGC 254); supone un proceso de maduración en la fe a lo largo de «un periodo intensivo de formación cristiana integral y fundamental» (CC 236).

³ S. Movilla, «La comunidad, célula viva de la Iglesia», *Sinite* 139, vol. 45, 2005, pp. 210-211.

⁴ L. Boff, *Eclesiogenésis. Las comunidades de base reinventan la Iglesia*, Sal Terrae, 1979, 21.

PASOS EN LA MADURACIÓN COMUNITARIA DE LOS GRUPOS DE FE

Muchos de los grupos de adolescentes y jóvenes que existen en nuestras comunidades parroquiales se forman con motivo de la preparación al sacramento de la Confirmación, y en ellos se encuentran amigos, vecinos o compañeros de clase. Son grupos de fe que se constituyen como grupos primarios; ahora bien, los grupos de creyentes no son grupos primarios, pues lo que les convoca y une a sus miembros, como nos recuerda la alegoría de la vid y los sarmientos, es la vida del Resucitado. Llegar a ser un grupo auténtico de fe, que poco a poco vaya haciéndose comunidad, es un proceso lento en el que la vivencia de determinadas experiencias facilita la toma de decisiones. Proponemos los pasos más significativos:

Sentirse convocado con otros a hacer un camino. La convocatoria en la pastoral juvenil parte del «ven y verás» para hacer con otros un camino que el convocado no conoce muy bien, pero sabe que es diferente de lo que normalmente se hace en otros grupos. El camino es el que el propio grupo vaya haciendo en el seguimiento de Jesús; en los procesos de fe no hay dos caminos iguales, porque las personas y los grupos son distintos, aunque hagan la misma experiencia. Si lo propio del grupo es el camino, las reuniones no agotan todo su dinamismo; la vida de los miembros del grupo es fundamental en las reuniones, y éstas deben prolongarse en otros aspectos de la vida de los miembros del grupo. La cuestión es muy fácil de saber: preguntemos a los miembros de un grupo si lo que viven son reuniones y temas, o si, por el contrario, tienen la percepción de estar haciendo juntos un camino. El relato de los discípulos de Emaús es clarificador en este sentido; todo parte de la realidad dura que están viviendo los discípulos, y todo se resuelve en la medida que el diálogo entre ellos y con el misterioso caminante se va haciendo más profundo. El final del relato habla del «quédate que anochece», «le reconocieron al partir el pan», y volvieron a «anunciar a sus hermanos» lo que habían visto y experimentado.

El grupo se construye día a día. Cuando los grupos se constituyen se suelen dar dos fenómenos muy curiosos, y fácilmente perceptibles en la presentación inicial de sus miembros. Casi todos los componentes dan por supuesto que el grupo existe y que cada uno viene a aprender y recibir mucho de los demás. Esto se explica por la humildad y pasividad con que todos nos situamos ante los demás en un primer momento. El catequista o animador del grupo debe intervenir para clarificar que el grupo no existe, sino que se construye entre todos y en la medida que sus componentes quieran. Además, debe insistir en que todos pueden aportar mucho a los demás, y que son las relaciones lo que construye la vida del grupo. Es decir, la fase de convocatoria no termina porque el grupo se ha reunido y comienza con una serie de dinámicas de grupo como fase previa al desarrollo del temario. La convocatoria es una etapa en la constitución del grupo, y no hay que abreviar esta etapa, pues nos exponemos a avanzar sin los supuestos previos: ni hay grupo, ni el grupo se ha constituido como grupo de fe. Cuando esta etapa no se vive adecuadamente, los animadores se empiezan a desalentar por la falta de respuesta de algunos miembros del grupo; la causa de esta situación es que se dan por supuestas cosas que no existían. La experiencia nos dice que en todo el proceso, y especialmente al principio de la puesta en marcha del grupo, hay dudas, tanteos, mutismos, estar a la expectativa, etc., que nos llevan a recomenzar de nuevo una y otra vez; esto es lento, pero facilita la consolidación del grupo, como tal. El objetivo último que el animador tiene que perseguir es que los componentes del grupo asuman libre y conscientemente la pertenencia al grupo; por lo mismo, el primer compromiso del grupo no se refiere a algo que esté fuera del mismo, sino a la fidelidad a lo que el grupo vaya marcando: reuniones, temas, objetivos y actividades.

Caer en la cuenta de lo que son las comunidades en la Iglesia. «La vida de la Iglesia se apoya en dos realidades íntimamente vinculadas entre sí: en el plano de la gracia, la “comunidad”, y en el plano de la realidad sensible e histórica, la “comunidad”. La comunión, en efecto, se refiere a los bienes misteriosos e invisibles que surgen de la vida trinitaria de Dios, que nos han sido dados por el Señor Resucitado y, a través de la presencia

del Espíritu Santo, unen a todos los creyentes. Mientras que la comunidad es la realidad histórica y visible de la Iglesia, hecha de palabras, de signos, de estructuras, de iniciativas prácticas, de relaciones personales que brotan de la comunión, manifiestan sus riquezas y revelan su vitalidad en todos los sectores de la existencia humana» (CC 254). Los rasgos de la comunidad cristiana inmediata son los siguientes: comunidad cristocéntrica, comunidad congregada por la Palabra de Dios, comunidad orante centrada en la Eucaristía, comunidad suscitadora de la comunión eclesial, comunidad misionera, comunidad de corresponsabilidad y ministerial, comunidad consciente de sus límites y de la necesidad de complementariedad y comunidad de talla humana (Cf. CC 257-265). La mejor concreción del sentido eclesial se da en aquellas comunidades en que el número de sus miembros hace factible las relaciones interpersonales entre los componentes de la comunidad; este tipo de comunidad saca del anonimato, ayuda a compartir, propicia la participación activa en todos los aspectos y propicia celebraciones vivas y creativas.

Descubrir la especificidad del grupo de maduración de la fe. El grupo cristiano no es un grupo más que se caracteriza por tener contenidos religiosos. ¿Qué hace que un grupo sea catecumenal? Evidentemente, los grupos cristianos tienen en común con otros grupos humanos lo referente a las leyes de la dinámica de grupos, pero tienen elementos propios que no aparecen en los otros grupos. La especificidad de estos grupos viene de las propias características de la fe y de la «iniciación» a la misma. Estas características son las siguientes: la fe afecta a la totalidad de la existencia personal, el protagonista principal de lo que sucede en un grupo cristiano es el Espíritu Santo, el grupo se constituye en la escucha de la Palabra de Dios que toma la iniciativa, y la propuesta de fe pide una respuesta libre y gozosa. El grupo es catecumenal cuando tiene una actitud de dejarse desbordar por la novedad de la revelación de Dios y del hombre en la persona de Jesús de Nazaret; se trata de una novedad que abre nuevos horizontes, sobrecoge y toca el corazón. Llegar a tener esta actitud no es fácil, pues normalmente llevamos al grupo de fe la misma actitud que tenemos en los demás ámbitos de la vida en los que nos sentimos centro y

protagonistas; la fe pide descentramiento personal y actitud de escucha contemplativa. El umbral diferencial que nos permite entrar en actitud de fe es algo que se consigue poco a poco; lo que sí está claro es que en el camino de la experiencia de Dios sólo se avanza si se deja la iniciativa a la acción de la gracia.

Equilibrio en los elementos constitutivos del grupo. El modo como algo se estructura y el método que se emplea es también contenido. La percepción que muchos tenemos, después de trabajar en pastoral juvenil varias décadas, es que la mayor parte de los grupos de jóvenes dedican buena parte del tiempo de sus reuniones al desarrollo de temas, y ocasionalmente dedican un tiempo a la oración-celebración y al acercamiento comprometido a la realidad. Es conveniente recordar los elementos constitutivos del grupo catecumenal, así como el equilibrio que debe existir en el espacio dado a cada uno de ellos. Los elementos que no pueden faltar son los siguientes: temas del mensaje cristiano, revisión de vida (conlleva el análisis de la realidad), oración-celebración y compromiso con la realidad. Según la edad y madurez de los componentes del grupo estos elementos deben estar presentes y debidamente relacionados. Lo que posibilita la relación entre estos elementos son las dimensiones del grupo cristiano: la apertura a la trascendencia, las relaciones fraternas y el cultivo de la interioridad. La misión de la catequesis es iniciar en la vida comunitaria. «Toda catequesis es para la comunidad y ha de estar al servicio de su construcción. La transitoriedad de la catequesis exige que se conduzca a la comunidad cristiana, inserta en la Iglesia local. Al final de un proceso catequético los cristianos han de desembocar ordinariamente en una comunidad cristiana inmediata e integrarse plenamente en ella. La comunidad irá manteniendo su vida de fe y en ella vivirán el don de la comunión con los hermanos y serán impulsados a una vida cotidiana que sea coherente con la fe que profesan y celebran» (CC 287).

Hacer presente en el grupo la propia vida. Lo que espontáneamente nos sale a todos en las reuniones es hablar de temas en tercera persona. La comunicación personal cuesta, hablar de los propios sentimientos no es

fácil y llevar al grupo propuestas interpelantes tampoco. No es infrecuente que los miembros de un grupo lleguen implícitamente a un pacto en virtud del cual se evita todo lo que pueda ser elemento de contraste o de conflicto. Aprender a llevar al grupo la existencia personal interpelada por la Palabra de Dios debería ser el modo normal de comunicarse en las reuniones. Las propuestas arriesgadas de unos suscitan actitudes defensivas en otros para no verse comprometidos en lo que no han descubierto o no quieren asumir; es importante conseguir un clima de confianza donde todos puedan expresar lo que sientan y nadie se vea juzgado ni obligado por las opiniones de los demás. La solución está en que sólo lo descubierto y asumido me obliga porque lo asumo gozosamente; si no estoy en esta situación, también puede alegrarme que otros lo hayan conseguido, superando así la actitud inmadura de defenderse al sentirse implícitamente juzgado u obligado.

Dejar que los hermanos del grupo entren en mi vida. Este paso supone una cierta madurez de fe, pues se da cuando se considera el grupo como ámbito adecuado de crecimiento y mediación de la voluntad de Dios. En concreto supone admitir lo siguiente: el mensaje de Jesús lo vamos descubriendo entre todos, de la experiencia de los demás tenemos mucho que aprender, los otros quieren para mí lo mejor y son fuerza para el camino, la celebración cristiana supone compartir la vida, y es una forma de ejercer la corresponsabilidad en la vida del grupo. La maduración de un grupo tiene mucho que ver con la capacidad de poner lo propio al servicio de los demás; cuando acepto que los otros tienen algo que decir en mi vida estoy creciendo en verdad y disponibilidad. Sin esta confianza básica entre unos y otros no es posible el ejercicio de la corrección fraterna.

La comunidad es para la fraternidad. Pablo, en la carta a los filipenses, nos invita a tener «los mismos sentimientos de Cristo Jesús»; para ello nos presenta el camino kenótico recorrido por Cristo: no aferrarse a lo propio, despojarse, vaciarse, hacerse uno de tantos, ponerse en nuestro lugar y dar la vida por todos. El seguidor de Jesús es invitado a abrir el corazón a lo universal y a optar por los más necesitados. Poder hacer esta

apertura de corazón no es una cuestión ética, de esfuerzo humano, sino fruto de la acción de la gracia. Hay un momento en la vida de los grupos en que dejan de mirarse al ombligo y de estar preocupados por problemas internos para poner los ojos en tantas necesidades que nos rodean; el descubrimiento de que la comunidad eclesial es para el Reino, de que la Iglesia es y está llamada a ser «signo y sacramento» de la íntima comunión con Dios y del género humano (LG 1). La vida interna del grupo que quiera ser comunidad, sin perder entidad en sí misma, debe ser situada en la óptica de la Iglesia como sacramento universal de salvación. Muchos grupos se van deshaciendo en el camino, y muchas comunidades no continúan porque, erróneamente, ponen el acento en sí mismas y no en la misión encomendada por Jesús a sus discípulos.

Aprender a caminar con la limitación y el fracaso. La idealización es uno de los mecanismos humanos que llevamos muy dentro y que cumple su cometido al ayudarnos a apuntar alto y a soñar con la utopía. La vida de cada día y el paso del tiempo nos dan de bruces con la realidad cotidiana que se manifiesta como mediocre y contradictoria. Nos cuesta asumir lo pequeño y el fracaso; nos cuesta descubrir que lo grande está en lo pequeño y que el éxito es más obra de Dios que de nuestro esfuerzo. El grupo que quiera llegar a ser comunidad tiene que aprender a amar lo pequeño, a asumir las contradicciones y a ver el avance de la humanidad nueva en las pequeñas cosas. En definitiva, hay que amar lo contradictorio para poderlo superar; es decir, hay que amar a las personas más allá de sus logros. Sólo desde el amor primero podemos mirar el pecado, el dolor y el fracaso, y seguir manteniendo la esperanza. El hermano Roger decía con frecuencia: «El perdón nos permite comenzar cada día de nuevo».

Encuentro sobre la comunidad. Cuando el grupo ha avanzado en su proceso y está en disposición de plantearse la vida comunitaria, sería muy conveniente tener un encuentro monográfico sobre la comunidad cristiana. En esta experiencia de grupo se plantearía la novedad de la comunidad de los seguidores de Jesús, el sentido eclesial de las pequeñas comunidades, las actitudes comunitarias, el proyecto comunitario y los requisitos

para poder dar el paso a comunidad. El testimonio de alguna comunidad puede ayudar a clarificar aspectos concretos que faciliten la toma de decisiones. Además, este encuentro debe continuar en un periodo de vida pre-comunitaria; esto significa que, poco a poco, se iría haciendo experiencia de la vida de comunidad hasta el momento en que se celebre el paso a comunidad con lo que supone de inserción en el barrio y en la parroquia, así como de disponibilidad y corresponsabilidad hacia dentro y hacia fuera de la comunidad. El decreto conciliar *Ad Gentes*, en el número 14 nos recuerda que el catecumenado es «noviciado» de la vida cristiana, es decir, lugar de aprendizaje, por la práctica, de una nueva forma de vida, la de Jesús de Nazaret.

Discernir el proyecto de vida en el grupo. Sabemos que lo vocacional es algo que está bastante ausente en la pastoral juvenil. Con todo, es un aspecto nuclear de la misma, pues la fe madura es la que se vive vocacionalmente. Por vocación entendemos aquello a lo que Dios nos llama en la Iglesia y en el mundo; podemos descubrir esta voluntad de Dios al dejar que el amor de Dios y las necesidades de los hermanos tomen la iniciativa y, en disponibilidad, discernir la respuesta. Sin esta actitud de disponibilidad evangélica no es posible llegar a conocer cuál es la vocación concreta que Dios tiene para cada uno. Antes de plantearnos qué cosas vamos a hacer en la vida es importante plantearse qué vamos a hacer con la vida. La fe madura es la que expresa como lo hizo Jesús de Nazaret: «Heme aquí, oh Dios, para hacer tu voluntad». El grupo tiene que ayudar a cada uno de sus miembros a crecer en actitud de escucha y disponibilidad a la Palabra de Dios y a los signos de los tiempos; sólo así el grupo llegará a ser una pequeña comunidad que vive en referencia a la Iglesia y al Reino.

Elaboración del proyecto de vida comunitario. La vida comunitaria se sustenta en buena parte si los miembros que deciden compartir la vida, la fe y la misión elaboran juntos un proyecto comunitario. En el proyecto debe aparecer con mucha claridad lo que se quiere ser juntos, lo que se quiere compartir y lo que se quiere hacer entre todos. También debe espe-

cificarse claramente por qué se quiere vivir juntos, lo que cada uno puede aportar y lo que se espera de cada uno. Todo lo anterior debe hacerse porque se siente la presencia del Señor y porque se responde a una llamada del Espíritu en la Iglesia y en el mundo. El proyecto incluye los siguientes apartados: el «credo» de la comunidad (fundamentos de la comunidad), la vida de oración personal y comunitaria, las celebraciones vividas como comunidad, la fraternidad (talante relacional, revisión de vida, ocio, ministerios, plan de formación, compartir bienes), la misión intra y extraeclesial, el cuidado del crecimiento personal y la práctica del discerniendo comunitario. Cuando el grupo ha elaborado el proyecto comunitario, en diálogo con los responsables de la comunidad eclesial a la que se pertenece, preparará la celebración del paso a comunidad, que se realizará ante la comunidad local.

LA LABOR DEL ANIMADOR DEL GRUPO CRISTIANO

La maduración de la actitud religiosa no es algo espontáneo que venga de la fe heredada o sociológica; por el contrario, supone un proceso en el que el sujeto se reapropia de lo recibido y lo reformula según el camino recorrido y la formación recibida. En este proceso hay tres experiencias fundamentales: la conversión a Jesucristo, la pertenencia-referencia eclesial y el compromiso con el Reino. Este proceso supone una comunidad apadrinante en la que se hace el camino y un animador del grupo que ayuda a poner nombre a lo vivido, a avanzar y a tomar decisiones. El catequista, por su condición de testigo de fe y de enviado por la comunidad eclesial, es el principal animador del grupo para que éste llegue a ser pequeña comunidad. El catequista, como hermano mayor, ayuda al grupo a vivir la experiencia del seguimiento de Jesús (discipulado). Si el comienzo del proceso es la realidad de los jóvenes y la llamada personal de Dios a cada uno, el final se produce cuando los catecúmenos están capacitados para hacer la opción fundamental por Cristo, para participar de forma madura en la comunidad eclesial y para comprometerse con el Reino. Este camino se hace en grupo, pero debe ser completado con el acompañamiento personal que hace el catequista de cada uno

de los miembros del grupo. Sin esta labor de personalización es muy difícil, en la sociedad actual, llegar a madurar en todas las exigencias de la fe madura. Tenemos que decir que durante décadas, en el postconcilio, la pastoral de jóvenes se ha planteado básicamente como una pastoral de grupo, olvidando casi por completo el acompañamiento espiritual personal. El papa Juan Pablo II definió el acompañamiento como «escuela sistemática de vida interior» (*Carta a los jóvenes*, 1985). En el presente estamos intentando recuperar esta mediación sin olvidar la importancia del grupo en la maduración de la fe de los adolescentes y jóvenes.

La condición imprescindible para que un catequista pueda acompañar el proceso de maduración de la fe de un grupo es que él mismo haya hecho antes este recorrido; en caso contrario, difícilmente puede iniciar a otros en lo que él no ha vivido. En el tema que nos ocupa, el ideal es que el catequista perteneciera a una pequeña comunidad para poder llevar al grupo hacia el paso a comunidad. Seguimos constatando que muchos grupos no pasan del periodo de la adolescencia; más que pastoral de jóvenes tenemos pastoral de adolescentes. El momento decisivo en la educación de la fe es de los 18 a los 25 años, pues en esta etapa es donde se vive la universidad, la relación con el mundo laboral, se establecen relaciones afectivas, se hacen proyectos de futuro, etc. Es decir, en esta etapa se conforma la jerarquía de valores que va a estar presente el resto de la vida. Es el momento privilegiado en que la vida teologal puede iluminar el planteamiento de lo humano. «Sería necesario que pudiéramos ofrecer a los jóvenes comunidades que vivieran, celebraran y comprometieran su fe, al mismo tiempo que les ayudasen a sumir las concreciones adultas en que esta fe ha de encarnarse. De esta forma, la comunidad cristiana tendría que ejercer un verdadero “padrinazgo” de cara a la maduración de la fe y a la inserción eclesial de los jóvenes. Pero, de hecho, la dificultad pastoral mayor radica, ciertamente, en la falta de comunidades adultas de referencia en la mayoría de las parroquias, como ya se señaló en el Congreso de Evangelización»⁵. En el proceso del grupo a la comunidad

⁵ *Jóvenes en la Iglesia, cristianos en el mundo*, Proyecto marco de Pastoral de Juventud, Edice, 1992, p. 88.

hay un aspecto que el catequista tiene que cuidar especialmente. En los grupos, de forma espontánea, tiende a plantearse todo lo grupal desde los dinamismos psicológicos. Evidentemente, este aspecto no puede faltar, pero no agota todas las dimensiones de la cuestión. La acción de la gracia también tiene que ver con la manera de vivir los dinamismos humanos; sin prescindir de las aportaciones de la dinámica de grupos, es necesario abrir las relaciones y los dinamismos psicológicos a la acción del Espíritu. Una clave fundamental en este aspecto es trabajar la correlación entre los dinamismos profundos de la persona y los dinamismos de la fe, sin reduccionismos, ni polarizaciones.

LOS RETOS DE LAS PEQUEÑAS COMUNIDADES

La vida de las pequeñas comunidades transcurre en los ámbitos de lo cotidiano y no está exenta de dificultades: unas serán de la propia comunidad y otras de los contravalores del contexto social en que se encuentran. Las limitaciones, los errores, los autoengaños, las contradicciones, etc., se harán presente una y otra vez en la comunidad como tal o en alguno de sus miembros; por eso el camino de la comunidad se hace cada día. Las dificultades generan cansancio y hacen perder la ilusión primera; tan peligroso es desanimarse ante las dificultades como pensar que nada más puede hacerse. La acomodación, el pacto silencioso de no hacer conflicto por nada ni con nadie ahoga la vida de la comunidad; esta actitud de comodidad burguesa también se cuele en los ámbitos cristianos. Por eso las comunidades necesitan tiempos y lugares periódicos para volver al «amor primero», para beber de las fuentes de la vida, para sanar el corazón y la mirada, para celebrar el perdón, para ilustrar la mente y el corazón, para volver a comenzar de nuevo. La comunidad, antes de ser tarea es proyecto y don; cuando la tarea se sitúa entre el proyecto y el don, la tarea no es prometeica, sino alabanza y acción de gracias, celebración desde lo pequeño y limitado. Saber encontrar el Reino en la ambigüedad de lo humano es algo muy cristiano, pues la gracia de Dios nos precede y acompaña. Como las pequeñas comunidades están formadas en su mayoría por matrimonios

con familia, corren el peligro, con el paso del tiempo, de replegarse sobre lo privado: hijos, trabajo, bienes, tiempos de ocio, consumo, etc., descuidando los espacios comunitarios y los compromisos sociales. La carga psicológica y la inmediatez de las necesidades hacen perder, con frecuencia, el horizonte de la vida comunitaria. La solución a estas dificultades está en la búsqueda de apoyos y ayudas para superar las dificultades. El encuentro periódico con otras comunidades propicia el intercambio de experiencias, la formación, la «sabiduría» sobre lo que se está viviendo, y el aliento para seguir caminando. Ciertas diócesis e institutos religiosos tienen algún organismo que facilita la coordinación y animación espiritual de las correspondientes comunidades; esta iniciativa no sólo beneficia a las pequeñas comunidades, sino que facilita la integración de las mismas en los ámbitos eclesiales propios de la Iglesia local⁶.

Conclusión. Terminamos, a modo de aliento y de síntesis, con unas palabras de los obispos españoles al comienzo de la década de los años ochenta del pasado siglo: «Formar una pequeña comunidad es comenzar juntos una andadura y una peregrinación para largo tiempo, para años; quizá, para toda la vida. Y ni los miembros de la comunidad pueden exigirse a sí mismos –ni éstos al resto de la Iglesia– una perfección alcanzada y estática, sino una tensión creciente y dinámica, que cuenta con la crisis, pero que cuenta también con el perdón de Cristo, con la ayuda del Espíritu, con la paciencia amorosa del Padre que nos dio el comenzar y nos dará el crecimiento y la madurez cristiana, individual y comunitaria»⁷.

⁶ Cf. Comisión Episcopal de Pastoral, *Servicio pastoral a las pequeñas comunidades cristianas*, 1982.

⁷ *Servicio pastoral a las pequeñas comunidades cristianas*, n. 31.